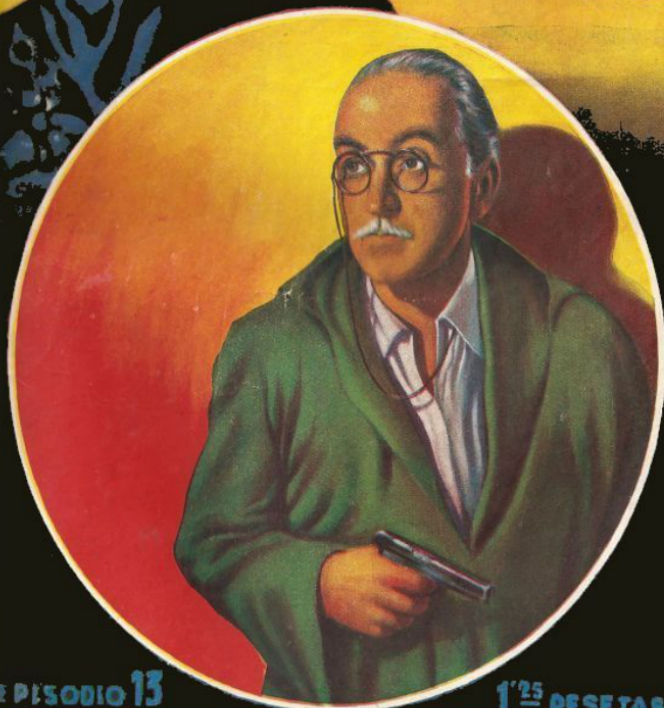
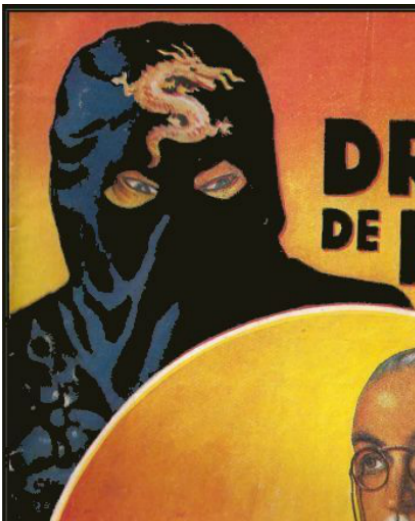


El **DRAGÓN DE FUEGO**



EPISODIO 13

1²⁵ PESETAS

LOS RONDADORES DE LA MUERTE

Fidel Prado Duque

Los rondadores de la muerte

El dragon de fuego - 13





Capítulo primero

Una sesión de hipnotismo

WANG-CHENG y los monjes se internaron por unos estrechos pasillos que se perdían en gran cantidad de revueltas hasta detenerse ante una pequeña puerta toda de bronce, repujada artísticamente. En los paneles se descubría todo el arte bárbaro de los escultores chinos, reflejado en escenas terroríficas, donde dragones, dioses absurdos y hombres de figuras monstruosas, se confundían en un aquelarre alucinante.

El más viejo de los sacerdotes extrajo una llave que ocultaba debajo de su túnica y la introdujo en un diminuto agujero. La llave

poseía una empuñadura labrada en plata que figuraba la cabeza de un caballo milenario y se observaba que era algo especial, difícil de falsificar. Traspasada la puerta, se encontraron en una celda extraña, de paredes de granito, pulidas y labradas con relieves mitológicos. Al fondo, una gran mesa se «levaba, sobre un pequeño estrado, y delante de ella se erguía un sillón de cuero labrado, color escarlata.

Una docena de sillones se repartían a los lados de la estancia y la iluminación no era directa, sino misteriosa y difícil de localizar.

Diríase que una luz, entre violácea y azulada, se filtraba a través de resquicios ignorados, iluminando el interior tétrica y débilmente.

El Gran Sacerdote se sentó en el sillón del estrado e indicó a sus dos compañeros que lo hicieran frente a él, pero a espaldas del sillón que había frente a la mesa.

Necesitaba que el «médium» a emplear no fuese distraído con la presencia de elementos extraños que podían perturbar su videncia y estropear la prueba.

Luego batió un diminuto gong que tenía sobre la mesa, y a su vibración se abrió misteriosamente una puerta en uno de los lados. Un monje atlético, de facciones brutales, quedó erguido en el vano, esperando órdenes.

El Gran Sacerdote dijo:

—Tráeme a

Fu-Shan

El chinazo desapareció, y momentos después reaparecía acompañado de un chino alto, huesudo, de piel arrugada y ojos brillantes, que se movía rígido como un autómatas.

El Gran Sacerdote le ordenó con un gesto que se sentara en el sillón ante él, y ambos quedaron contemplándose duramente durante algunos minutos.

Por fin, el sacerdote rompió el silencio, preguntando con voz aguda:

—¿Ves bien,

Fu-Shan

?

—Creo que sí, Gran Maestro... Pregunta...

El aludido concentró el poder de sus ojos oblicuos sobre los del esquelético chino, hasta obligarle a enderezarse rígidamente ante el asiento. Parecía como si le hubiesen clavado un barrote de hierro desde el cráneo a la rabadilla que le impidiese doblarse.

Cuando el Gran Maestro quedó con vencido de que se había hecho dueño de la voluntad del chino, ordenó.

—¡Siéntate!

El hipnotizado hizo un esfuerzo poderoso para ocupar el asiento y murmuró:

—No puedo. Hay una fuerza superior que me lo impide.



...y se debatía por escapar al poder de los terribles ojos...

—Bien. Esa fuerza soy yo. ¡Siéntate!

Esta vez el chino cumplió la orden, y quedó tenso, con los ojos cerrados y los brazos flácidos.

—¿Qué ves?

—Sólo sombras...

—Bien, busca el laboratorio. ¿Qué ves ahora?

El chino movió la cabeza como si buscara algo alrededor, y tras un momento de angustioso silencio murmuró:

—Ruinas y restos de incendio... Todo está casi destrozado. Por las galerías veo terribles «degs», paseando amenazadoramente. Nada en las galerías...

—Bien, ahora escucha. El laboratorio ha sido presa de las llamas por una o varias manos misteriosas. Vuelve atrás, busca las causas, sigue el espíritu de los incendiarios y dime cómo ha podido suceder.

El chino se agitó con violencia en su asiento. Su espíritu, reconcentrado, hacía esfuerzos supremos para abarcar el más allá, y la violencia del ejercicio mental sacudía sus huesos, que rechinaban como si los entrechocasen contra hojas de latón.

Por fin adquirió de nuevo la rigidez y musitó:

—Veo tres sombras que se esconden tras una de las revueltas de la galería próxima al laboratorio... No veo sus rostros, pero sí sus cuerpos... Uno es recio, fornido; otro fuerte, pero más delgado y el último, pequeño y débil, con cuerpo de niño... No son monjes... No. Visten trajes seglares... Uno empuña en la mano un revólver... Por la galería avanza una sombra... Es un monje. Lleva en la mano una caldereta y un cazo... va llamando a las celdas y repartiendo el contenido... Ahora se aproxima al recodo de la galena... La sombra pesada cae sobre él, mientras otra le arrebatara la caldereta... Luchan... El monje es vencido... Cae... La sombra grande le quita el hábito y se lo pone, luego toma la caldereta y va llamando a las puertas de las celdas. Uno, dos, tres monjes abren sus celdas a la llamada de la sombra, los tres caen heridos por algo que la sombra lleva en la mano. Los tres misteriosos sujetos despojan a los monjes de sus hábitos y se los ponen... Luego...

El chino respiró con dificultad. Violentas contracciones agitaban su cuerpo, y se debatía por escapar al poder de los terribles ojos del Gran Maestro, que como dos potentes lámparas amarillas se clavaban en los suyos, sin separarlos un momento.

—Sigue,

Fu-Shan

ordenó con voz terrible —lo ordeno, lo quiero, lo necesito...

El chino se contrajo de nuevo y murmuró con voz apagada e ininteligible.

—Ahora... veo las tres sombras cargar con dos de los monjes... avanzan por la galería hacia una puerta... Entran en una celda... Está casi oscura... no acierto a distinguirla. Hay en la pared unas puertas que abren y dentro de las que depositan los cuerpos... Luego salen... Ahora les veo más claro en la galería... Entran en el laboratorio, y la sombra grande toma frascos y recipientes y los vuelca en una redoma... Mucho humo azul, verde, naranja... la sombra se mueve como un fantasma... Ahora... ¡Oh!... Ahora una explosión de llamas azuladas y rojizas... la redoma arde... Las tres sombras abandonan el laboratorio... Las veo en la galería, arrastrando dos cueros... los arrojan en las llamas...

El chino, agotado, enmudeció, y el Gran Maestro, con los ojos brillándole como carbunclos, ordenó imperativo:

—¡Más!... ¡Un último esfuerzo!... ¿Dónde están ahora las sombras?...

El chino, medio deshecho, musitó levemente:

—Las veo... no sé... parece que... están encerrados entre paredes... veo perros..., celdas... ¡No, no; no veo más... por piedad!

Como un bloque de hierro se desplomó del asiento cayendo al suelo. El Gran Maestro se limpió el sudor que inundaba su pelado cráneo, y apartando los ojos del caído los clavó en los de Wang-Cheng, que, incapaz de reprimir más su ira y su desesperación, se había levantado y avanzaba hacia la mesa.

—¡Por el infierno de Buda! —rugió—. ¡Ahora tengo la clave de todo! Las sombras no pueden ser más que las de esos viles demonios extranjeros, que son nuestra pesadilla.

—Pero ¿cómo? —preguntó el Gran Sacerdote extrañado—. ¿No quedaron sólidamente amarrados en sus ataúdes?

—Sí, pero ¡sólo quedaron dos! El tercero ha surgido misteriosamente no se sabe de qué antro, y les ha salvado de su encierro. Fui un estúpido al no presenciar su muerte antes de separarme de ellos... ¡Oh! Haré azotar, hasta descubrir sus huesos, a los imbéciles que registraron el templo y no encontraron al tercero. ¡Vamos! Creo que aún es tiempo de apresarlos. Están metidos en la ratonera y esta vez no escaparán del castigo más cruel que jamás idearon los hombres de nuestra raza.

El Gran Sacerdote abandonó su asiento, advirtiendo:

—¿Cómo saber dónde se encuentran? El vidente no ha podido señalarnos precisamente el lugar.

—No importa. Visten hábito y están encerrados en una celda cada uno. Los perros habrán cuidado de que no puedan escapar y daremos con ellos. Registraremos una a una todas las celdas, comprobando la identidad de cada monje, y cuando lleguemos a ellos... ¡Oh!... Las carnes se me abren de salvaje alegría al pensar en la sorpresa que van a llevar, y en los horribles tormentos que le voy a hacer sufrir.

El Gran Maestro hizo vibrar el gong, y el atlético monje volvió a reaparecer. A una seña, tomó el cuerpo rígido del hipnotizado y lo sacó de la estancia.

Los tres grandes jefes abandonaron el salón de experimentos y descendieron por la escalerilla, pero, en lugar de salir a las galerías donde vigilaban los feroces «deggs», abrieron otra puerta y penetraron en una estancia más confortable, donde los tapices chinos, los muebles graciosos y alados de laca y junco y el confort tenían su refinada representación.

Sobre una mesita ardía una lámpara debajo de una pequeña y artística olla de cobre, dentro de la que hervía un aromático y exquisito té.

Por los ventanales de complicados vidrios ensamblados de colores, entraba la luz fría de la naciente mañana. Aún el sol no había roto los celajes que le ocultaban sobre la faz de la tierra, pero su claridad de un amarillo lechoso, podía apreciarse por los huecos.

—Hay que darse prisa —murmuró el Gran Maestro—, la hora de la oración diurna va a sonar.

—Antes hay que localizar a los intrusos. El peligro que representan para nuestra secta y para nuestros intereses es superior a todo. Sírvenos una taza de té y vamos en busca de esos tiburones sarnosos.

El Gran Sacerdote llenó tres preciosas tazas de cerámica vidriada con el aromático líquido, y después de sorberlo con fruición, abrieron una puerta lateral y descendieron una rica escalera de mármol, para encontrarse en un salón inmenso, en forma de rotonda, donde se celebraban las grandes reuniones monacales.

El Gran Maestro abrió una especie de vitrina, de la que extrajo

sendos pedazos de carne putrefacta, y, descorriendo una mirilla en uno de los tabiques, arrojó la carne por ella, al tiempo que, de forma misteriosa, unos impresionantes alaridos parecían llamar a los perros.

Después de un rato de espera, el Gran Maestro dijo:

—Ya podemos bajar a las galerías. Los perros estarán devorando los despojos en su guarida.

Abandonaron la estancia, y descendiendo la escalera se encontraron de nuevo en la galería. El más impresionante silencio reinaba en ella.

Wang-Chen

, armado de un formidable látigo de cuero, rematado por bolas de puntiagudos pinchos, se adelantó a sus compañeros, y, abriendo la primera celda que encontró a su paso, se plantó con el látigo en la mano, ordenando:

—¡Descúbrete!

El monje levantó su capucha y Wang-Cheng, sin decir palabra, abandonó la celda y pasó a la contigua. Conocía sobradamente a sus odiados enemigos, y sabía que no podían ocultar, a su mirada perspicaz, sus facciones europeas, por muy hábiles que fuesen para disfrazarse.

Una a una, fué recorriendo las celdas a su paso. Al final de cada requisa, daba orden de correr el cerrojo exterior, para que nadie abandonase su refugio, y, cada vez más furioso, seguía avanzando, preguntándose en qué celda se encontrarían refugiados sus enemigos, y abrigando el temor de que algún arte diabólico, del que parecían poseídos, hubiesen podido abandonarlas.

La requisa iba dando a su fin y el misterio no se aclaraba. Más de un centenar de monjes habían pasado por sus agudos ojos y ninguno se parecía en nada a los odiados extranjeros.

Por fin, llegó a la galería próxima al laboratorio. Treinta celdas faltaban por requisar, y Wang Cheng tenía la seguridad de que en alguna de aquella galería tenían que estar escondidos.

Faltaban doce celdas para llegar al final, cuando, al abrir una de la derecha, lanzó un rugido de cólera y retrocedió con el látigo en la mano, rugiendo:

—¡Maldición!... ¿Qué significa esto?

Sus dos compañeros avanzaron asustados, y, al echar un vistazo al interior, retrocedieron como picados por un áspid venenoso. En lugar de encontrar dentro de ella a uno de los monjes, habían descubierto los cadáveres de dos de los terribles «deggs».

Uno tenía la cabeza destrozada a causa de un terrible y contundente golpe, y el otro, parecía con el cuello surcado por terribles huellas, que casi se hundían hasta el interior de los huesos.

Rugiendo de ira, el temible jefe de «El dragón de fuego», corrió a la celda siguiente y la abrió con violencia, encontrándola vacía. Igual le sucedió con la que seguía en orden.

Luego, en las restantes, halló de nuevo a los monjes que faltaban por requisar, pero, aunque amenazó a éstos con terribles castigos y hasta les azotó con el fiero látigo, ninguno pudo darle un leve detalle que le sirviese para medio comprender lo que había sucedido.

Todos habían sentido rugir a los perros, más o menos cerca de sus encierros, pero ninguno se había atrevido a asomar la cabeza para exponerse a las dentelladas de los feroces «deggs».

—¡Oh! ¡Se han escapado!... ¡A pesar de todas las precauciones y de todos los peligros, Han huido! Esos hombres no son hombres de carne y hueso, son algo especial, que acabará con nuestra secta si no logramos apresarlos.

Luego, al observar que faltaba un perro, exclamó:

—¡Pronto! A ver si el otro «degg» está en su jaula.

Uno de los sacerdotes corrió al encuentro de las horribles alimañas, y abrió la mirada para echar un vistazo al interior, pero su asombro fue enorme cuando descubrió que la carne que había arrojado por el respiradero estaba intacta en el suelo, y que ningún perro había dentro.

Corriendo con toda la velocidad que le permitían sus muchos años, llegó hasta Wang-Cheng, diciendo:

—¡El otro «degg» no está en su jaula!

El temible mogul, lívido de desesperación, ordenó con voz tonante:

—¡Abrir las celdas!... ¡Que todos se dediquen a buscar a los fugitivos! No pueden estar lejos, tienen que estar dentro del monasterio... De aquí no se sale como el aire a través de las

rendijas... Cien latigazos cada uno que regrese a decirme que no ha encontrado nada.

Los dos sacerdotes se dedicaron febrilmente a descorrer los cerrojos, transmitiendo a los monjes las amenazadoras órdenes de Wang-Cheng, y, todos, lívidos al pensar en el castigo, empezaron a desaparecer por escaleras y puertas, dispuestos a registrar hasta las entrañas de la tierra, hasta encontrar a los audaces extranjeros, que con su osadía y valor estaban poniendo en ridículo a toda la congregación.

Pronto se empezaron a tener noticias del paso de los fugitivos. Dos monjes, que se habían dirigido hacia el templo por el mismo camino que Wang-Cheng llevara cuando los había capturado, regresaron para informar que en el final de la escalerilla acababan de encontrar el cuerpo del temible animal, destrozado a cuchilladas.

Wang-Cheng corrió al lugar indicado, pudiendo comprobar, con sus propios ojos, que la noticia era cierta. El «degg», con el gazonete abierto de una terrible cuchillada y otras heridas en el cuello, aparecía atravesado al final de la escalera, junto a la puerta de salida.

—¡Oh! ¡Esos hombres son verdaderas fieras! —comentó temblando, a pesar de su valor, el terrible sectario—. ¡Sólo gente de un valor indomable es capaz de hacer frente a uno de esos feroces perros!

Ciego de furor salió al templo, donde varios monjes rebuscaban febrilmente por todos los rincones y sitios propicios a los fugitivos, y con sus propios ojos comprobó que allí no podían estar ocultos.

Dando gritos espantosos, amenazando con deshacer a latigazos a los monjes, atropellando, loco de ira, a cuantos se oponían a su paso, subió y bajó por los lugares secretos del inmenso monasterio sin hallar rastro. Parecía como si la tierra se los hubiese tragado, y ya empezaba a sospechar si serían seres sobrenaturales, dotados de un poder superior al de los más sabios monjes.

Sin acertar a recurrir a un medio que le pusiese sobre la pista, tuvo una inspiración, y corriendo en busca del Gran Maestro, le tomo por los hombros, y sacudiéndole mii fiereza, gritó:

—¡El «médiu»! Necesito que le interrogues ahora mismo, para que nos diga dónde se encuentran los fugitivos.

El Gran Sacerdote le miró de un modo inquieto, y respondió:

—Me temo que me pidas una cosa imposible. En algunos días no se encontrará en condiciones de repetir el experimento.

—¡Lo necesito, aunque reviente! —gritó Wang-Cheng en el paroxismo del furor—. Inténtalo ahora mismo o...

Era tan amenazadora la actitud del alocado mogol, que el anciano le hizo señas para que le siguiese al salón de experimentos, donde ordenó que le trajesen al vidente.

Este, como alelado, tuvo que ser llevado por dos monjes, los cuales le sentaron en el sillón, mientras el Gran Maestro, frente a él, inténtala galvanizarle con su potente mirada.

El infeliz chino se agitaba convulsamente, rebelde a la acción hipnótica, y el anciano reconcentrando todo su poder en los ojos, exclamó:

—¡

Fu-Shan

, yo lo ordeno!... Un esfuerzo... Un solo esfuerzo y te dejaré descansar... Dinos dónde se refugian esas tres sombras malditas que incendiaron el laboratorio.

El chino se agitó, se retorció como un sarmiento en el fuego, y trató de escapar a la acción dominante, pero en balde. El poder de aquellos ojos le retenían esclavizado al asiento.



—¡Lo necesito aunque reviente!

—¡No..., no... veo...; no puedo... no...!

Con una terrible convulsión cayó al suelo, donde quedó rígido como muerto. Wang-Cheng, fuera de sí al ver frustrado el único medio que podía ponerle sobre la pista de sus enemigos levantó rabioso el látigo y sació su enorme cólera sobre el caído, destrozando sus pobres carnes a latigazos.

Capítulo segundo

Una fuga inverosímil

CUANDO el profesor y sus compañeros quedaron encerrados en sus celdas, y aislados uno de otro por aquellos gruesos y fríos tabiques de granito, les pareció que una tumba inviolable se había cerrado sobre ellos. Mientras se vieron juntos y con una libertad relativa de movimientos dentro de las galerías, les pareció que poseían mayores probabilidades para intentar cualquier acto desesperado que les ayudase a salvarse de una muerte horrible, pero ahora, separados y con el horrible peligro que significaba aquella feroz jauría de perros carniceros, guardando los recintos, una de presión moral se apoderó de ellos y estuvieron a punto de entregarse a mi abandono suicida, renunciando de una vez y para siempre a la lucha.

Con el oído pegado a las puertas y los sentidos agudizados por el pánico, trataban de captar todos los ruidos exteriores que llegaban a ellos, pero sólo el gruñido de los «deggs» paseando por las galerías, era el signo divida que podían percibir.

Regis, el más rebelde, el más tozudo, el que menos se rendía a la realidad, por cruel y desesperante que fuese, fue el primero en rebelarse contra toda renunciación. Aun tenía vida, poseía un revólver y un cuchillo, sus fuerzas continuaban intactas, y su

cerebro, siempre dinámico, funcionaba con celeridad, buscando una fórmula salvadora, por expuesta y descabellada que resultase.

Aquel paréntesis sería breve. Pasado muy poco tiempo, las gestiones de identificación empezarían minuciosas y feroces, y si no encontraban el modo de aprovechar aquel momento de calma y soledad, todo cuanto intentasen más tarde resultaría inútil y trágico.

El obstáculo mayor a vencer eran los perros. Aquellos animales corpulentos, acosados por un hambre atroz, y dotados de una fuerza y de una ferocidad supremas, no eran enemigos con los que se pudiese luchar calladamente. Cualquier intento de pelea contra ellos provocaría su furia y el escándalo atraería a los monjes, con lo que la partida adquiriría caracteres muy desiguales.

Y, sin embargo, había que eliminar a los perros si querían gozar de algunos momentos de libertad condicionada, para buscar una salida, o, cuando menos, un refugio más seguro, desde el que poder burlar a sus enemigos o defenderse de ellos con más posibilidades de éxito.

Con toda la celeridad que el caso requería, Regis concebía proyectos absurdos, que iba desechando con la misma rapidez por impracticables, hasta que, por fin, entre todos los que fue capaz de concebir, uno le pareció el más viable, aunque no dejaba de encerrar un terrible peligro y muchas posibilidades a fallar.

Pero, como no encontraba otro más factible y el tiempo más que correr volaba, decidió ponerle en práctica.

Si hubiese podido contar con la ayuda de sus compañeros, el proyecto hubiese resultado más seguro, pero la imposibilidad de ponerse en contacto con ellos le obligaba a ser el único actor de la trágica aventura que iba a correr para poner en práctica el plan.

Empuñó el revólver por la culata y abriendo sigilosamente la puerta algunos centímetros echó un vistazo a la galería, tratando de localizar al «deggo» que se encontrase más cerca de la puerta.

Sus primeras exploraciones resultaron infructuosas. El feroz guardián debía encontrarse al otro lado, pero lo que a él le interesaba era localizarle de frente a la ranura de la puerta, para que pudiese saltar sobre él de improviso al verse precisado a sacar la cabeza para mirar al lado contrario, esperó.

Por fin, a la tercera vez que entreabrió, descubrió al perro a

cuatro metros de la puerta, vuelto de espaldas.

Regis se preparó. Echó mano de toda su sangre fría para actuar, pues sabía que la menor vacilación o nerviosismo podía costarle la vida, y, afianzando la hoja de la puerta con pulso firme, bisbiseó para llamar la atención del perro.

Este se volvió rápidamente, con las terribles fauces abiertas y los ojos flameando de rabia, y al descubrir la cabeza de Regis asomando casi por entero a través del vano de la puerta, que había quedado entreabierta en más de veinte centímetros, dió un sallo formidable y cayó como un huracán, tratando de introducirse por el hueco y clavar sus dientes en el osado que así desafiaba su poder. Regis midió con la mirada el salto, y cuando la cabeza del «degg» se introducía por entre la puerta y la jamba, arrojó todo su enorme peso sobre la hoja y cerró, apretando sin misericordia.

El perro, cogido como en un cepo en aquella estrecha y mortal abertura, lanzó un gruñido ahogado y se debatió con todas sus poderosas fuerzas, tratando de escapar al cepo trágico que segaba su cuello, pero su esfuerzo fué inútil, pues la fuerza centuplicada de Regis terminó por estrangularle en unos cuantos segundos.

Cuando la alimaña, con el cuello medio deshecho y asfixiado por la mortal presión, dejó de debatirse, Regis aflojó la hoja, y tirando de él le introdujo en la celda, arrojándole a un rincón.

Luego, con los ojos desorbitados por la emoción sufrida, se limpió el sudor que corría por su rostro y se dispuso a seguir actuando.

Ya había eliminado uno de los tres inmediatos peligros que le amenazaban. Si conseguía suprimir los otros con la misma rapidez y seguridad, quizá tuviesen aún tiempo de abandonar los bajos del monasterio e intentar la huida por algún sino factible, aunque ignoraba cómo ni por dónde.

Con la misma precaución, volvió a asomar la cabeza. Ahora no veía arriba y abajo ningún perro, pero no se atrevía a salir y a llamar en la celda del profesor para solicitar su ayuda, por si era sorprendido por alguno de los otros dos feroces guardianes.

Bisbiseó varias veces para llamar la atención de sus enemigos, hasta que, por fin, vió avanzar por la revuelta de la galería a otro de los perros.

Preparándose para la misma maniobra le incitó con su presencia a saltar, y el «degg», sin vacilar un momento, aceptó el reto, y, de un salto felino, impropio de su corpulencia, alcanzó el hueco que se le ofrecía.



...arrojó todo su enorme peso sobre la hoja y cerró...

Esta vez el cálculo de Regis falló en parte. El peso del perro, el

ímpetu de su salto y su poderosa fuerza, le dió impulsos para meter por la juntura algo más que la cabeza, y cuando Regis quiso echar sobre él la guillotina mortal de la hoja contra la jamba, sólo consiguió trampearle por la mitad del cuerpo, dejándole libertad para mover de medio cuerpo para adelante.

La dentellada que el prisionero animal le tiró estuvo a punto de alcanzarle, y Regis, para evadirla, tuvo que aflojar un tanto la presión, lo que estuvo a punto de dejar que el perro se escurriese del cepo y gozase de sus libres movimientos para lanzarse sobre él.

Pero, rápido como una centella, comprendiendo que llevaba todas las de perder, tuvo serenidad para levantar el revólver y dejarle caer con toda su fuerza sobre el cráneo de su enemigo.

Este lanzó un aullido salvaje e inclinó la cabeza, de la que empezó a manar sangre en abundancia, y Regis, loco de ira y de desesperación, dejó caer una y otra vez el revólver sobre su cráneo, hasta terminar por atontarle.

El perro se inclinó, falto de fuerzas, y entonces el criado, con libertad de movimientos, pudo rematarle sin exposición.

Ahora, ya el peligro era ínfimo. Si la suerte le seguía ayudando, podía recabar la ayuda de sus compañeros, y entre los tres librarse, sin exposición, del último obstáculo.

Abrió, más decidido, la puerta de la celda, pero no distinguió al tercer «degg». Este debía andar perdido por el resto de las galerías, dejando a sus compañeros el cuidado de aquella otra parte.

Bisbiseó, para llamar su atención, pero no obtuvo respuesta, y, entonces, en un alarde de valor heroico, empuñó el cuchillo y abandonó la celda saliendo a la galería.

Rápidamente, se acercó a la puerta de la celda del profesor y llamo de una manera especial. La puerta se entreabrió, y Regis, pálido pero decidido, murmuró:

—¡Rápido, salga y salte a mi celda! ¡No se asuste si encuentra algún cadáver dentro!

Mientras el profesor obedecía la orden, absteniéndose de hacer preguntas inútiles de momento. Regis llamó en la celda de Kao y le invitó a imitar a Karus, y momentos después se encontraban los tres en la celda del criado, mudos de asombro a contemplar dentro de ella los cadáveres de los dos feroces perros.

—¡Por Dios santo! —exclamó Karus admirado—. ¿Cómo has sido tu sólo capaz de realizar semejante proeza?

—Obligado te veas para que lo creas, profesor contestó el criado. —Ha sido empresa relativamente fácil, aunque ha estado a punto de fallarme la segunda vez.

—¿Y el otro perro, dónde está?

—No sé, y eso es lo que me inquieta. Si lo tuviera aquí a mis pies estaría más tranquilo.

—Bien, ¿qué es lo que te propones? Con esto no hemos adelantado gran cosa.

—No, pero... si estuviese libre la salida podíamos intentar llegar al templo. Quizá allí encontrásemos la forma de escapar de él.

—¿Qué podemos hacer?

—Jugarnos el todo por el todo. La escalera que desciende a la galería por donde nos bajaron no está lejos, si pudiésemos alcanzarla antes de que el «degg» se diese cuenta habríamos eliminado este peligro.

—Si... pero ¿y si nos sorprende?

—Pues... tendremos que luchar con el como sea. Hay que intentarlo o dentro de poco todo esfuerzo será inútil.

—Tienes razón; entre dos males prefiero vérmelas con el perro antes que con ese otro monstruo de bigotes engomados.

—Pues adelante, sin perder tiempo. Si no se encuentra en la galería quizá cuando quiera darse cuenta hayamos traspasado la escalera y no sea capaz de olfatearnos... ¡Vamos!

Regis echó un vistazo a la galería. Esta aparecía desierta y no pudo localizar al perro.

Empujó a sus dos compañeros para que saliesen por delante, y con su cuchillo y el del profesor empuñados para mejor defenderse, salió detrás de ellos, andando con la cabeza vuelta para no ser sorprendido.

Karus, que conocía el terreno, se encaminó en busca, de la escalera. Dejando atrás aquella galería, torció por otra a la derecha, y, por fin, llegó al pie del hueco por donde creían encontrar una posible salvación.

El profesor empujó a Kao para que subiese el primero y él le siguió, cerrando la marcha el fiel criado. Todo parecía favorecerles,

y ya respiraban, casi satisfechos, cuando un rugido espantoso, que heló su sangre, se dejó oír a su espalda.

—¡El «degg»! —exclamó consternado el profesor.

Regis se revolvió rápidamente, empuñando los dos cuchillos, y, colocado en lo alto de la escalera, esperó.

Dos ojos que parecían dos brasas rojas y azulencas brillaron en el nacimiento de la escalera, y, súbitamente, un bulto enorme subió con agilidad de tigre, cayendo sobre el brazo del criado.

Pero éste, poseído de la mayor sangre fría, alargó los dos brazos y esperó la feroz acometida.

El perro cayó justamente sobre Regis, pero el agudo corte de los dos cuchillos, mantenidos firmemente por aquellos brazos de acero, se clavaron en su pecho y garganta, y el «degg», lanzando un aullido espeluznante rebotó de espaldas y rodó por los tramos, cayendo sobre las losas del suelo, donde quedó, revolcándose entre espasmos de agonía.

Regis, comprendiendo que ya no era un enemigo digno de ser tenido en cuenta, se volvió, y, empujando a sus compañeros que habían quedado como clavados a los tramos, presenciando el trágico ataque, exclamó:

—¡Vamos, pronto! No hay minuto que perder y todo este riesgo habrá resultado estéril.

A todo correr ganaron el final de la escalera y salieron a la rotonda, donde se erguía el dios de la guerra; luego, ganaron el pasillo que conducía a la salida al templo, y, por fin, llegaron a la misteriosa puerta de la columna.

Si ésta se encontraba cerrada, y la forma de abrirla resultaba otro problema de ingenio, el tiempo que les haría perder les iba a resultar fatal.

Pero, por fortuna, ésta se abría a base de un gran cerrojo que descorrieron fácilmente, y, cuando por fin se encontraron de nuevo en el templo, sus ojos parpadearon molestos al percibir a través de los ventanales los primeros rayos del sol naciente.

—¡Oh!... ¡Ya es de día! —exclamó con desesperación Regis—. ¡Esto nos va a poner nuevamente en peligro, pues estamos expuestos a que nos descubran desde fuera!

—Pues no hay otro remedio... si es que conseguimos forzar la

salida —afirmó el profesor—. Aunque mucho me temo que esto no nos sea factible.

Iban a dirigirse hacia la puerta de entrada, que aparecía herméticamente cerrada, cuando Kao llamó la atención de sus compañeros, mostrándoles la abierta ventana por donde habían penetrado, y la cuerda que aún permanecía pendiente del marco.

Regis contuvo un grito de alegría y exclamó:

—¡Oh!... La suerte nos favorece... Anoche, con la obscuridad, no han debido descubrir la forma que hemos empleado para penetrar. Esa cuerda es nuestra salvación.

—¿Vamos a salir de nuevo por aquí? —preguntó el profesor.

—Sí, pero... tengo otra idea. Ya se la explicaré. ¡Adelante!

Tomó al chino entre sus robustos brazos y le izó sobre la imagen. Kao, como una ardilla, trepó por ella, y, aferrándose a la cuerda, logró ganar el marco de la ventana y desaparecer por ella.

—Espéranos en el reborde de cornisa —ordenó Regis— y si sucediera algo, no te detengas y huye como puedas.

Luego hizo que el profesor le imitase, quedando él vigilante con el revólver pronto a cubrir la retirada y cuando Karus hubo desaparecido del ventanal, inició la ascensión.

Con toda facilidad ganó la jamba de la ventana y entonces desató la cuerda y se la lió a la cintura y con mucho cuidado cerró las vidrieras.

—¿Qué haces? —preguntó Karus.

—Borrar toda huella de nuestro paso. Cuando nos busquen y no nos encuentren, se devanarán los sesos preguntándose por dónde hemos huido y como no es fácil que lo olfateen a esta altura, perderán un tiempo precioso que nos hace mucha falta.

Ansiosamente echó un vistazo hacia abajo, no descubriendo a nadie. Como aún no había sonado el gong anunciando los primeros ejercicios monacales de los monjes, el resto del personal de las dependencias debía estar durmiendo o recluido en sus pabellones.

Regis, en lugar de explorar la parte de abajo para descender, exploró la parte de arriba. Tenía un proyecto y quería observar si éste era viable.

—¿Qué pretendes? —inquirió intrigado el profesor.

—No podemos mostrarnos en pleno día por este desierto. Nos

cazarían inmediatamente y busco un refugio seguro.

—¿Dónde?

—Ahí arriba; en el tejado del monasterio.

El criado avizoraba atentamente la lisa pared, que sólo aparecía cortada por la siguiente fila de ventanales y la cornisa que corría por debajo de éstos, pero dicha cornisa, a una altura superior a los tres metros, no había forma de alcanzarla a pulso, pues no llegaban a alcanzarla con las manos.

—Desiste, Regis —advirtió Karus—. Esto es imposible.

—Antes debemos cerciorarnos. Espere.

Pegado al liso muro para no perder el equilibrio y caer al vacío, avanzó por la estrecha cornisa recorriéndola a todo lo largo de la fachada lateral del monasterio, sin encontrar a su paso más que ventanales que daban al interior del templo.

Cuando llegó al límite lanzó una exclamación de alegría. Todo el reborde que formaba el ángulo con la fachada posterior, aparecía erizado de hierros curvados a manera de adornos.

Los hierros, separados entre sí por una distancia de más de medio metió, no eran utilizables a modo de escala, pero manejando bien la cuerda que poseía, podía ayudarse con ellos hasta alcanzar el último, casi a ras del plano techo del monasterio.

Hizo señas a sus compañeros para que avanzasen y mientras preparó la cuerda, fabricando en uno de sus extremos una lazada con la que poder enganchar los hierros sucesivos a medida que fuese ganando altura.

Explicó su plan al profesor y para darles ejemplo se dispuso a subir el primero.

Saltó al hierro más cercano, separado de la cornisa un buen trecho, y afianzándose a él lanzó la cuerda hasta dejarla enganchada en el garfio superior. Luego, agarrándose a los nudos para no escurrirse, logró alcanzar el saliente inmediato para repetir la operación con el siguiente.

A pesar de que se daba cuanta prisa podía, la operación resultaba lenta para las prisas que sentían por abandonar aquel lugar tan peligroso, pero no había otra solución y tenían que dominar sus nervios y esperar.

Por fin, tras pesados esfuerzos y peligros serios. Regis consiguió

ganar el último garfio y desde él, expuesto a escurrirse y rodar al abismo a una altura mareante, encontrarse sobre el plano tejado.

Cuando, agotado, se dejó caer en él, asomó la cabeza y al ponderar la distancia que le separaba de sus compañeros, un sudor frío invadió su frente. La cuerda era demasiado corta para dejarla pender y que pudiese ser alcanzada por ellos.

—¡Cuidado, señor!... —exclamó angustiado—. Tendré que dejar caer la cuerda para que la cojan en el aire. Si la dejan escurrir, todo se habrá perdido para nosotros con ella.

El profesor se dio cuenta del peligro, pero, comprendiendo que no había otra solución, echó mano a toda su serenidad y contestó:

—Bien, colócate encima de donde yo estoy y déjala caer suavemente, pegada al muro. Confío en alcanzarla.

Regis se colocó precisamente sobre el lugar de la cornisa donde Karns se sostenía trabajosamente y dejando pender la cuerda sin vaivenes, gruñó:

—¡Va!...

Como un reptil, el grueso cáñamo se deslizó rápidamente, pero el profesor la retuvo con el cuerpo pegado al muro, evitando que continuase el descenso.

Paternalmente obligó al chinito a subir. Kao se negaba a hacerlo mientras el profesor no estuviese a salvo, pero Karus hubo de imponer su autoridad para obligarle a obedecer.

El chino, ágil como una ardilla y poco pesado, realizó la operación en menos tiempo que Regis y éste volvió a lanzar la cuerda con miedo, pero por fortuna, como la vez anterior, fue recogida por el profesor.

Este, con los nervios en tensión y observando que ya el sol lucía con fuerza y que pronto habría gente en el patio y los alrededores del monasterio, inició su ascensión con soltura. El ejercicio de montañero que había realizado muchas veces en sus excursiones alpinas, le sirvió para facilitarle aquella peligrosa tarea.

Por fin alcanzó la techumbre ayudado por Regis, que le seguía con la vista fija sin poder dominar sus nervios y cuando se encontraron los tres reunidos sobre el plano techo del monasterio, un enorme suspiro de satisfacción brotó de sus pechos.

En aquel mismo instante, el solemne silencio que les había

rodeado hasta entonces se vio roto tumultuosamente por el agrio tañido de los gongos, unido a docenas de gritos de rabia y ladridos de perros que ponían los pelos de punta, y, asomados discretamente al borde del tejado, observaron como el patio del monasterio se poblaba de monjes rabiosos y como una docena de feroces «deggs» eran soltados para que se lanzasen por los alrededores en busca de la pista de los fugitivos.

Capítulo tercero

Regis concibe un plan muy arriesgado

DESDE su atalaya y gracias al magnífico golpe de vista que poseían, pudieron abarcar todos los detalles de cuanto estaba sucediendo a sus pies.

Así, vieron como el patio y la gran huerta monacal eran registrados minuciosamente, incluso hasta poder localizar entre el estiércol la escala que habían escondido la noche anterior, y como una docena de monjes, portando las gruesas correas que amarraban a los feroces «deggs», se repartían por toda la llanura que rodeaba la montaña, mientras alguno se dirigía a la ciudad con la esperanza de que los inteligentes animales les olfateasen entre la multitud que poblaba Lancheu.

También descubrieron media docena de monjes que, con unos amplios morrales a la espalda y una especie de vasija en la mano, abandonaban el monasterio y se repartían unos —la mitad— para dirigirse a la ciudad y los otros tres se perdían por caminos estrechos y polvorientos con dirección a algunas aldeas que se divisaban a lo lejos muy débilmente.

—¿Dónde caminarán esos cerdos amarillos armados de morral y

con vasijas en la mano? —preguntó Regis que había recobrado en parte su buen humor y sentía deseos de manifestar su odio hacia los chinos en epítetos injuriosos o despectivos.

—Son limosneros —aseguró el profesor.

—¿Qué quiere decir eso? —interrogó Regis.

—Que todos los días, unos cuantos monjes abandonan los monasterios, templos y pagodas para dedicarse a mendigar por los alrededores.

—¿Cómo?... —gritó Regis extrañado—. ¿Es que esos sapos coletudos no se conforman con despojar a la gente hasta de lo que guarda en las tripas, que aún necesitan pedir como un sapo indigente cualquiera? ¡Pues sí que son aprovechados los batracios de Buda!

—En el pedir no hay engaño, Regis...

—Ya lo veo y... ¿dice usted que es costumbre que todos los días salgan esos renacuajos amarillos a bucear por la charca para traer la pajita al nido de los alacranes?

—Sí. Se turnan cada día y no regresan hasta por la noche, cuando se va a poner el sol.

Regis siguió con la vista a los tres monjes que se perdían a lo lejos por los polvorientos caminos y, atormentado por una idea, preguntó:

—¿Qué llevan en esas alforjas?

—La comida del día... pero les sirve para guardar las dádivas alimenticias que recogen.

—¿Y ese cacharro que llevan en la mano?

—Para recoger las limosnas. ¿No lo viste ayer por la mañana, cuando entramos en el monasterio?

—¡Ah, muy bien! Los monjes estos son muy previsores y me han dado una idea magnífica.

—¿Ya estás con tus proyectos descabellados?

—¿Han salido mal hasta ahora? El que no se arriesga no pasa el «Río de la calamidad» ni come y yo tengo el estómago en las regiones de Buda.

—Y yo, pero me parece que puedes echar un punto al cinto.

—Lo tengo clavado en los riñones de apretármelo. Si me ve usted la cota, parece un tren con un garbanzo dentro.

El profesor, observando que se había quedado meditabundo, insistió:

—¿Quieres decirme cuál es tu plan?

—Pues... procurarnos un poco de alimento, que buena falta nos está haciendo y, al tiempo, preparar una fuga bastante aceptable.

—No está mal... Lo del alimento llega como caído del cielo.

—Bueno, pero no se de usted mucha prisa que se le va a indigestar. Eso es para mañana.

—Me desencantas, Regis.

—No puedo hacer más. Mi idea es ésta. Cuando mañana esté próximo a salir el sol, descendemos de aquí —eso si han regresado esos sapos amarillos con sus preciosos animalitos rastreadores— y nos escondemos en alguno de esos caminos que conducen a las aldeas. Cuando los monjes pedigüños salgan y se repartan, seguimos a alguno, le atracamos por sorpresa, le enviamos al paraíso de Buda, donde les estarán esperando con los brazos abiertos y las calderas preparadas, y nos apropiamos de sus alforjas y de sus cacharos de pedir. Comemos-cosa esencial para tomar ánimos— y, tomando su puesto, nos re partimos o nos dirigimos a la ciudad, donde no inspiraremos sospechas. Ya allí, vemos la forma de alquilar o robar una barca y, río arriba, damos un afectuoso adiós a este simpático lugar y nos dirigimos a otro donde el viento amarillo nos siente mejor o donde nos acaben de quebrar los huesos, que eso sólo Dios lo sabe.

—No está mal tu idea, si nos la dejan poner en práctica.

—Si tiene usted alguna otra mejor, le cedo la palabra.

—No, querido. Se te ha desarrollado el ingenio de tal manera — quizá debido al hambre— que estás resultando un estuche de monerías demasiado grande.

Después de aquel incidente, nada turbó la calma que reinaba en el monasterio. Los monjes, entregados a sus tareas tras la infructuosa búsqueda de los fugitivos, volvieron a poblar los ámbitos del templo con sus cánticos y ninguna nueva señal de alarma llegó hasta los aventureros.

El sol cortó un tanto el aire frío y lacerante que reinaba en las alturas y Regis, que se sentía invadido por el sueño, propuso:

—Creo que convendría dormir un rato. Debemos turnarnos en la

vigilancia, por si sucede algo, pero hay que dormir, cuando menos, para reparar fuerzas.

El profesor se brindó a hacer el primer turno de vigilancia y los otros dos se tumbaron sobre las brillantes tejas, quedando dormidos como lirones.

Más tarde montó la guardia el chino y después Regis y así se pasaron las lentas horas del día hasta que empezó a anochecer.

Entonces, desde su observatorio, descubrieron a los monjes portadores de los «deggs» que volvían con ellos amarrados y poco más tarde a los limosneros, con las alforjas bastante repletas.

—No ha debido dárseles mal el día, a esos batracios inmundos —comentó Regis— traen las alforjas a reventar...

—¡Si pudiéramos absorberlas desde aquí...! —suspiró el profesor llevándose las manos al estómago.

—No me hable, que se me hace la boca agua —afirmó Regis—. Ahora sí que me comería un tiburón sin mirar si tenía aletas o no, pero le juro que mañana nos desquitamos.

Cuando cayó la noche el más impresionante silencio reinó en los alrededores del monasterio, pero los agudos ojos de Regis descubrieron varias sombras que, como fantasmas, recorrían el interior de los muros del monasterio montando una vigilancia extremada.

—No han debido quedar muy satisfechos de nuestra huida —aseguró— parece que dudan de ella.

—Es para dudar. Cualquiera diría que la tierra puede tragarse a tres seres humanos. Sospecharán que estamos escondidos dentro del monasterio y esperarán el momento que el hambre nos acucie y nos obligue a dar la cara.

—Eso es lo malo. Si la vigilancia es severa, nos van a condenar a no poder movernos de aquí Dios sabe en cuanto tiempo.

Las horas de la noche transcurrieron lentas y agobiadoras. Regis veía llegar el momento de la próxima madrugada sin saber si podrían o no aventurarse a descender de su refugio.

Ya no se descubría a los vigilantes y no se sabía si se habían retirado o permanecían quietos y avizorantes, pero el rumor de algún grillo pareció animarle, a pensar que no existía un peligro inmediato.

Por fin, una claridad casi imperceptible empezó a manifestarse en el cielo y el criado, tomando una resolución, dijo:

—Creo que ha llegado la hora de aventurarnos a marchar.

—¿Y si están emboscados y nos cortan la retirada?



...se lanzó valientemente a tierra...

—He estudiado el terreno y creo que podremos burlarles, a

menos que tengan guardia montada fuera del monasterio. ¿Se ha fijado usted en que esta fachada posterior cae precisamente junto al muro que cierra el edificio?

—Sí, ¿y qué?

—Pues que, descendiendo por los hierros, podemos alcanzar el muro sin necesidad de aterrizar dentro del recinto. Entre la fachada y el muro habrá una distancia de algo más de un metro, pero he visto un frondoso árbol, de robustas ramas, que nos permitirán, a caballo sobre ellas, alcanzar el reborde y deslizarnos fuera.

—Bien; algo hay que hacer o moriremos aquí de hambre. Adelante.

Cuando iban a iniciar el descenso, una terrible dificultad se les presentaba. Si uno bajaba empleando la cuerda, luego no podría devolvérsela al compañero para que la emplease en el descenso.

Regis, al darse cuenta, exclamó:

—Tenemos que ir bajando es escalonados. El que quede más alto tendía que ir bajando la cuerda hierro por hierro, para que los demás aprovechen los nudos y ganen los remates inferiores. Déjenme que sea yo quien se encargue de esa operación y cuidado de poner un pie en falso.

Lentamente, maniobrando casi en la oscuridad, fueron poniendo en práctica el plan de Regis y aunque les dolían horriblemente los músculos de tanto tensionarse y maniobrar sobre los hierros, fueron descendiendo con fortuna hasta llegar a los remates que coincidían en altura con el muro.

Regis preguntó al profesor, que era el que estaba más bajo:

—¿Alcanza usted bien al árbol?

—Sí.

—Móntese sobre él y... espérenos en una rama resistente. El muro debe tener más de tres metros de alto y será muy peligroso saltar a tierra desde esa altura.

El profesor eligió una rama y saltó, afianzándose bien a la rama. Luego se corrió a otra para dejar paso a sus compañeros.

—¿Está usted ya?

—Sí.

—Bien; ahora busque una rama que, curvándose, pueda caer sobre el reborde del muro en inclínela con el peso de su cuerpo

hasta que logre alanzarle. Luego, suelte la rama y espere.

El profesor obedeció y siguiendo las instrucciones de su criado, se balanceó en la rama hasta que ésta se dobló sobre el muro. Cuando pudo alcanzarlo quedó de pie sobre el ancho reborde y esperó.

Kao pasó de igual manera y cuando le llegó el turno a Regis, éste, que había descolgado la cuerda de los retorcidos adornos, de hierro, saltó al árbol.

Buscó una rama a propósito, ató la cuerda a ella y la hizo inclinarse sobre el remate del parapeto, pero sin soltar la rama, que afianzó con sus brazos, y ordenó:

—Hagan colgar la cuerda hacia afuera y deslícnese por ella. Si no llega al suelo poco le faltará.

Kao descendió sin peligro, pues el remate de la cuerda quedaba a medio metro del suelo y luego el profesor le imitó.

Cuando le llegó el turno a Regís, este tomó una decisión heroica. Si aprovechaba la cuerda para bajar, tendría que dejarla atada al árbol, denunciando así su fuga, y todo lo hubiese hecho antes que cometer tal desatino.

Desató la lazada, se lió la cuerda a la cintura después de soltar la rama y encogiendo las piernas y buscando una postura apropiada para caer de forma que guardase cierta elasticidad, se lanzó valientemente a tierra.

Su cerebro sufrió una sacudida brutal y sus piernas percibieron los efectos de un calambre eléctrico al chocar contra el piso, pero gracias a su precaución para buscar postura al caer, los síntomas sufridos no pasaron de ahí.

Karus, asombrado al ver tal audacia, preguntó:

—¿Qué has hecho, Regis?

—Lo único que podía hacer, señor. Si dejo la cuerda atada al árbol, nos hubiese denunciado. Así, que sigan buscando indicios de nuestra fuga.

Como por fortuna su acto no había tenido consecuencias graves, el profesor, asustado al observar que el día empezaba a manifestarse claramente, preguntó:

—¿Qué hacemos ahora? Nos van a descubrir enseguida.

—No lo crea; venga y fíjese.

Le llevó al borde de la eminencia donde estaba enclavado el monasterio y señaló un espeso macizo de moreras salvajes que, como cultivado sabiamente, se alzaba cortando la bifurcación de dos estrechos caminos.

—¿Ve usted aquellas moreras? Pues allí vamos a escondernos. Usted buscará la parte que da al camino de la izquierda, mientras yo me sitúo donde corta el de la derecha y Kao se esconde donde quiera. Cuando vea usted que surge a su paso el monje que se dirija por ese lado en busca de la aldea a donde conduce el camino, se las entiende usted con el mientras yo hago lo mismo con el que me toque de turno. Cuide de hacerse con él rápidamente para que no grite y todo habrá quedado resuelto. Cuando le tenga usted de forma que esté caminando al paraíso de Buda, se esconde nuevo y me espera, que yo iré en su busca.

Descendiera a toda prisa la montaña por el lado trasero del monasterio y fueron a esconderse en el macizo de moreras señalado por Regis. Su huida fue tan rápida, a pesar de lo accidentado del terreno, que cuando el sol asomó su primer rayo iluminado de oro el imponente y tenebroso edificio, ya se hallaban a cubierto de toda mirada indiscreta.

Regis había sabido elegir bien el lugar de la emboscada. Para dirigirse a cualquiera de las aldeas que se distinguían confusamente hacia aquel lado, había que desembocar en la bifurcación de los dos caminos, para después tomar los transversales que se abrían en abanico mucho más al Oeste.

El único peligro serio que corrían, era el de que los monjes volviesen a salir con la jauría de «deggs» en su persecución, pero Regis había calculado, lógicamente, que si este plan les había fallado el día anterior, ahora, casi seguros de que no habían huido del monasterio, no apelarían a repetirlo hasta adquirir la seguridad dique por fin habían logrado fugarse.

Regis había entregado a Kao el revólver para que se defendiese en caso de peligro. Ellos, para deshacerse de sus enemigos, sólo debían emplear los brazos o el cuchillo, pues el ruido de una detonación sería tanto como salir dando gritos indicadores de su presencia.

Durante un buen rato permanecieron apostados entre la maraña

de las moreras, con el oído atento a todo ruido cercano y la vista clavada en el sendero. Se jugaban una carta muy peligrosa, pero no tenían otro remedio si querían escapar con bien de aquella trampa.

Por fin, del lado donde vigilaba Regis, se oyeron pasos en la tierra que se iban acercando pausadamente y la silueta alta y fibrosa de un chino que debía poseer una fuerza bastante respetable, entró en el campo visual de Regís.

Este midió a su enemigo con la mirada y se dispuso a saltar sobre él fieramente. Había calculado fríamente la resistencia que el amarillo podía ofrecer y sabía que solamente la sorpresa podía inclinar rápidamente la balanza a su favor.

Cuando el monje cruzaba frente al sitio donde él se encontraba, dió un salto felino y cayó sobre el asombrado chino, el cual trató de repeler la agresión con sus poderosos puños, pero ya Regis le había afianzado por el cuello y luchaba con él denodadamente para evitar que pudiese dar algún grito de alarma.

El monje, de gran vitalidad, se defendió heroicamente y en la feroz lucha ambos cayeron a tierra, revolcándose en el sendero ionio dos fieras rabiosas.

Regis, que no soltaba el cuello de su víctima, al tiempo que hurtaba el suyo para evitar ser cogido de idéntica forma, rugía furioso:

—¿Cómo, sapo indecente; es que te vas a resistir a mis puños?... ¡Saca esa lengua de sapo venenoso que tienes y hazme burla con ella...! Anda, monín... ¿por qué te haces rogar tanto?

El chino, sintiéndose asfixiar por momentos, se debatía de modo salva je, pero Regis, con la rodilla clavarla sobre su pecho, apretaba hasta sentir un dolor horrible en las articulaciones dispuesto a no soltar hasta que su enemigo cesase en sus agónicos forcejeos.

Por fin, el monje dio una brutal sacudida, emitió un ronco sonido y quedó rígido en tierra.

El criado, seguro de que había rematado su obra mortal, soltó las manos y tuvo que frotárselas para suavizar el horrible dolor que sentía en ellas. Se le habían quedado amoratadas del brutal esfuerzo y la sangre parecía no querer circular por ellas.

Luego, levantándose, tomó al monje de los pies y le arrastró hasta la maraña diciendo:

—Una rana más que ha dejado de croar. A este paso, le vamos a dejar al amigo Sapo número uno sin ancas.

Recogió el adminículo de guardar las limosnas y despojando al cadáver de las alforjas las registró con ansia. En su interior descubrió algunas viandas preparadas para el día y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no devorarlas inmediatamente.

Pero, prudentemente, se contuvo. Urgía más saber si el profesor había tenido la misma suerte que él y luego repartir entre los tres el producto del botín.

Lo que más le alegró fue descubrir en la cintura del monje una pequeña cantimplora de cuero llena de agua. Este adminículo les podía ser muy útil cuando, alejados de allí, cruzasen por regiones donde el agua escasease.

Cortando terreno a través de las moreras, se dirigió al sitio donde había dejado al profesor. No oía el más leve ruido y no sabía si atribuirlo a que aún no había pasado por allí monje alguno o a que Karus había rematado también su penosa faena.

Cuando, por fin, alcanzó la salida y asomó prudentemente la cabeza por entre las moreras, lanzó un grito ahogado e irguiéndose rápidamente saltó al camino como una fiera.

Diez metros más allá, un grupo que se revolcaba por el suelo le indicó que había llegado a tiempo de intervenir en auxilio del profesor.

A éste le había caído en suerte un enemigo mucho más poderoso que el de Regis. Si trataba de un hercúleo monje, de brazos de oso y cuerpo ciclópeo, que debía poseer la fuerza de un toro.

Karus, a pesar de reconocer la desigualdad de fuerzas, no había dudado en lanzarse sobre él, cuchillo en mano, pero el monje acertó a esquivar el envite y revolviéndose rápidamente logró asir al profesor por un brazo y retorcérselo hasta lanzarle a tierra.

Gracias a la habilidad deportiva de Karus, pudo evitar que su enemigo acabase con él al primer intento. Cuando se lanzó sobre él, el profesor estiró las piernas y aplicándoselas en la cara le lanzó a dos metros, arrojando sangre por la boca, mientras intentaba levantarse, aunque sentía en el brazo retorcido un dolor inmenso.

Pero ya el monje, repuesto y lanzando aullidos de furor, había vuelto a arrojarle sobre él y los dos, luchando en un abrazo mortal,

pugnaban por atenazarse el cuello para poner fin a aquella lucha salvaje.

En aquel momento, Kao había intervenido, tratando de coger por la espalda al ciclópeo monje, pero este al darse cuenta, había imitado al profesor y, sin soltarle, logró aplicar al chinito un puntapié en el estómago que le lanzó a tres metros, dejándolo doblado como un espiga y retorciéndose de dolores igual que un sarmiento puesto al fuego.

Pero en este momento Regis había hecho su repentina aparición y al darse cuenta del peligro que corría su señor, se lanzó ciegamente sobre el monje, cayendo sobre él cuando se hallaba vuelto de espaldas.

El monje trató de volverse para hacer frente al nuevo peligro, pero el movimiento le fue fatal. Al presentar el rostro, contraído por una rabia infinita, Regis alargó su potente puño y lo aplicó en su boca, ya deformada por el patadón que Karus le había administrado.

Un crujido seco y terrible sonó al impacto. El monje se contrajo como herido por un rayo y dando media vuelta quedó tendido en tierra con la boca deshecha, mientras Regis, mordiéndose los labios de dolor, se sujetaba la mano castigadora con la otra, para mermar los agudos pinchazos que el golpe le —había producido en sus huesos.

El profesor, pálido y demudado, con las huellas de la lucha acusada en el rostro, se levantó penosamente y acercándose a su criado, murmuró:

—Gracias, Regis. Si tardas mi minuto más en intervenir, este oso amarillo da fin de mí.

El criado, furioso por los dolores que sufría en la mano gruñó:

—¡Maldita sea la cloaca amarilla!... Me he medio destrozado la mano con el mármol de la boca de este tiburón. Le voy a destrozarse la cabeza con un pedrusco, a ver qué tiene dentro.

Karus, lleno de repugnancia, le detuvo diciendo:

—No hagas eso, Regis. Sería una cobardía. Ha defendido su vida como la hubieses defendido tú.

—Pero... ¿es que la vida de una rata de albañal tiene valor alguno? No... Yo le deshago...

Karus tuvo que luchar con él para evitar que le asesinase a sangre fría. Lo mejor era dejarle bien amarrado en la maraña y si le descubrían bien y si no... mala suerte para él.

Regis, dándose cuenta de que el pobre Kao seguía retorciéndose de dolores en tierra, se acercó a él y le ofreció un poco de agua de la cantimplora, con lo que, al parecer, se reanimó un poco.

Le ayudó a esconderse, dejándole tumbado para que se le calmasen los dolores, y en unión del profesor arrastró el cuerpo del monje, ocultándole a la vista de cualquiera que pudiese transitar por allí.

—¿Todo bien? —preguntó el profesor.

—Sí. Me tocó un hueso; pero aquello era una perita en dulce, comparado con este mastodonte. Ayúdeme a clavarle las cuerdas, para que no pueda romperlas.



...potente puño y lo aplicó en su boca...

Con el hábito propio le fabricaron unas buenas trabas para los pies, las manos y los brazos, y luego, Regis, con rabia, le taponó la destrozada boca con un buen pedazo de sayal, ocultándole en lo

más espeso de las moreras, Como al otro, le había despojado previamente del morral, la cantimplora y el tazón para recoger las limosnas.

Animados por un hambre devoradora, se dedicaron a engullir las viandas de los morrales, haciendo caso omiso de los dolores que sufrían, y una vez que hubieron dado fin a ellas, bebieron un buen trago de agua y se quedaron tumbados un gran rato para serenarse y recobrar la calma pérdida.

Entre tanto, Regis expuso su rápido plan.

—Ahora —dijo— usted y yo nos vamos a dirigir a Lancheu, a recoger unas cuantas limosnas y a atravesar la ciudad hasta llegar al río. Una vez allí, vamos a alquilar una barca, con un par de remeros nada más, y a dirigirnos río arriba. En cuanto a Kao, hará lo que yo le diga.

El chinito se incorporó sonriendo débilmente y murmuró:

—Honorable señor Regis manda. Kao poco puede hacer. No tiene fuerzas para levantar rana alguna.

—Ahora no es cuestión de fuerza, sino de habilidad, muchacho. Escucha y apréndete bien el número.

»Si entrásemos los tres en Lancheu, podríamos despertar sospechas. Tres éramos como enemigos y tres juntos pueden hacer que alguien se fije en nosotros. Tú, como chino que eres, si te quitas ese hábito nadie se fijará en ti y podrás moverte más libremente, aparte de que no hace falta que entres en Lancheu, sino que le rodees y salgas al río por las afueras.

»Una vez allí, vigilas con cuidado y cuando distingas una barca que avanza con nosotros dentro, te metes disimuladamente en el agua y haces como que te estás ahogando y pides socorro. La barca se acercará a ti para recogerte y nada más. Creo que está bien claro.

—¿Qué pretendes con eso? —preguntó el profesor extrañado.

Simplemente esto. Nos conviene deshacernos de los barqueros y hacernos dueños de la baraca, pero para mayor seguridad, cuando estos vean a Kao y traten de salvarle, abandonarán los remos y se inclinarán a cogerle. Entonces, tomamos los remos usted y yo y se los aplicamos a la pelada cabeza, evitando que puedan defenderse. Luego, les metemos en la barca, les despojamos de las ropas, que nos son necesarias para cambiar de disfraz, y con una buena piedra

los arrojamus al fondo del río, continuando nuestro viaje. Más adelante, donde nos convenga, hundimos la barca y cuando se den cuenta de nuestra faena y nos busquen, que localicen barca y barqueros.

Aprobado el plan y ante el temor de haber perdido mucho tiempo, se dispusieron a emprender la marcha para cumplir cada uno la parte que tenía asignada en el plan audaz del ingenioso criado.

Capítulo cuarto

Huyendo del peligro amarillo

KAO, casi repuesto del brutal golpe que recibiera, se despojó del hábito y doblándole cuidadosamente, por si aún le era útil, hizo un lío con él y se lo echó al hombro. Su traje estaba en bastante buen uso y no despertaría muchas sospechas si era descubierto por alguien. Con una sonrisa infantil se despidió de sus amigos, dispuesto a cumplir lo ordenado y Regis, antes de dejarle marchar, le advirtió con la simpatía que por aquél sentía:

—Si no vieses llegar la barca, es señal de que nos han cazado, en cuyo caso procura, como te sea posible, ponerte a salvo. Cualquier locura que intentases no surtiría efecto y expondrías tontamente tu vida.

El chinito no comentó el consejo, pero se dijo que jamás les dejaría en un atasco mientras tuviese ánimos para intentar prestarles la más leve ayuda.

Buscando los accidentes del terreno, descendió bordeando el camino y, después de cruzarle, se dirigió hacia el poblado, pero bordeándole por su parte Norte.

Regis y Karus se colgaron los morrales al hombro, recogieron los

tazones ciñeron las cantimploras y con la capucha echada sobre los ojos, se encaminaron hacia el poblado, procurando huir del camino que bajaba del monasterio hasta dejarlo muy atrás.

Por fin, cuando se creyeron libres de peligro, entraron en la ancha calzada y llegaron a las murallas.

Nadie reparó en ellos ni despertaron la menor alarma. Los monjes mendicantes eran sobradamente conocidos y cuando se cruzaban por las calles, con el brazo extendido y el tazón en la mano, algunos transeúntes se detenían depositando en ellos algunas monedas mascullando oraciones al marchar.

A Regis no le agradaban aquellas dádivas. Hubiese preferido algo con que ir llenando el morral y audazmente se detuvo a la puerta de algunos establecimientos donde se despachaban comestibles, con el brazo extendido y la cabeza baja, solicitando entre dientes una limosna, sin aclarar mucho sus palabras, para que nadie sospechase de idioma un tanto estrafulario.

Así logró reunir algunas tortas de pan de arroz y otras viandas que fue introduciendo en el morral y paso a paso trató de orientarse camino del río.

El profesor se había distanciado un tanto de él para pasar más desapercibido, pero le seguía con el cuchillo introducido en la manga del sayal, presto a salir a luz al menor asomo de peligro.

Cautamente iban observando cuan to se desarrollaba a su lado. Y así descubrieron como gran cantidad de soldados, con fusiles y cortos machetes colocados en ellos, vigilaban las calles y como, de vez en vez, detenían a algún sospechoso y procedían a registrarle.

También descubrieron algunos cuadros propios de la barbarie china.

Un grupo de soldados arrastraba a un «coolie» andrajoso, acusado de alguna acción de violencia. Seis soldados le cerraban la huida con las bayonetas en punta, apuntando a su cuerpo, y otro, que debía ostentar mayor graduación, le azotaba despiadadamente con un látigo de siete correas feroces, convirtiendo sus espaldas en una masa sangrienta.

El detenido lanzaba impresionantes aullidos de dolor, y, agotado, se dejaba caer al suelo, marcando sobre el granito las rojas huellas de la sangre que derramaba, pero el del látigo, con una

alegría feroz, le golpeaba más sañudamente, hasta obligarle a levantarse y caminar a rastras.

Más allá, tropezaron con otro grupo no menos impresionante. Un chino ciclópeo, vestido de andrajos, con una potente cuerda al cuello, arrastraba penosamente un pesado bloque de piedra tres veces superior a sus fuerzas ordinarias. La cuerda se le clavaba en las carnes y en las manos, al esfuerzo brutal y cada vez que se detenía, sudando, lívido y desencajado para tomar aliento, su verdugo le apaleaba con un flexible pero hiriente bambú, que se ceñía a sus carnes mal cubiertas, obligándole a rugir de desesperación.

El movimiento en las calles céntricas era pintoresco e inusitado. Un grupo de soldados de caballería cruzó raudo al desembocar de una calle en otra, sin detener la marcha de los corceles ante el tráfico. Así, los que poco ágiles carecían de tiempo para huir del paso de los jinetes, eran atropellados bárbaramente, rodando por el suelo entre gritos de angustia, sin que los atropellantes se parasen a reparar el efecto de su salvaje trote.

A su paso, cruzaban palanquines ligeros y veloces, tirados por un chino de cabeza pelada, vestido con unos pantalones negros y raídos, atados a las rodillas por tiras de cuerda. Sus peladas cabezas brillaban al sol por efecto del sudor, pero, tenaces y resistentes, no aminoraban la carrera.

Otros palanquines, flameando sobre palos unas banderolas de colores detonantes, indicadoras de estar libres, paseaban por las calles en espera de clientes, o se estacionaban donde buenamente les parecía. Aguadores encorvados por los años y por el peso de los baldes, cruzaban con su larga caña de bambú al hombro, soportando en cada punta el peso de los cubos; basureros, con espuelas al hombro, recogían los detritus, en particular el excremento de las caballerías con un enorme cucharón de palo, con el que cargaban sus espuelas, y docenas de chinos astrosos y llenos de laceria, hacían competencia a los monjes, solicitando pegajosamente una limosna de los pudientes, a los que atracaban insistentes, persiguiéndoles largo rato.

Vendedores de telas de seda de vistosos colores; zapateros al aire libre, remendando las zapatillas de fieltro, tan usadas por los

chinos; hilanderas de esparto, para tejer ropas burdas; carricoches, portando bultos con destino a los juncos del río, toda la vida normal, pero exótica, de aquel lugar del extremo Oriente se manifestaba a su paso, y Regis la seguía con curiosidad, pues, aunque no era nada nuevo para él, siempre lo encontraba exótico y llamativo.

Su intuición le hizo seguir con insistencia la gran cantidad de carromatos que bajaban cargados de bultos. Eran fardos y cajas, que no dudó contendrían té y ropas fabricadas con pelo de camello, y se dijo que todo aquel tráfico debía dirigirse hacia el río.

Como la afluencia de gente era mayor, se retrasó para unirse al profesor, y cuando iba a dar vuelta a una calle se detuvo en seco, tirando de la manga del profesor, y arrastrándole hacia un lóbrego portal en el que le obligó a introducirse.

—¿Qué sucede? —preguntó el profesor, alarmado.

—Que he descubierto un auténtico monje que venía hacia aquí, y no conviene que nos vea. Esto podría ser la chispa que hiciese quemar la mecha, para estallar.

Alcanzaron un hediondo patio, y acosaron a los pocos vecinos, solicitando limosna con voz plañidera. Los habitantes de la casucha no eran gente pudiente, y sólo lograron unos mendrugos de torta de arroz y algunos restos de comida, cuyo olor incitaba a Regis a hacérselo tragar a los generosos donantes.

Pero, dando humildemente las gracias, los tomó, y así distrajo unos cuantos minutos, que sirvieron para librarles de la presencia del peligroso y auténtico monje.

Regis arrojó a otro portal los fétidos desperdicios, y continuó descendiendo, hasta alcanzar los arrabales y volver a salir por el otro lado de la muralla.

Como había adivinado, allí estaba el río. Sus malecones de piedra se hallaban atestados de juncos y otras clases de embarcaciones, y docenas de carricoches parados, aguardaban turno para que robustos «coolies» descargasen las mercancías, transportándolas a los barcos.

Regis se apartó del corazón de la carga y descarga, y buscó un lugar menos bullicioso. Lejos de allí debían hallarse las pequeñas embarcaciones, que servían para cruzar simplemente el río, o para

remontar a algún viajero aislado por las márgenes del Río Amarillo a lugares cercanos, ajenos al tráfico comercial.

En efecto, a doscientas yardas de los malecones, descubrieron una pequeña embarcación, ancha y pesada, pesada, pero bastante sólida, dentro de la cual dos bateleros, tumbados cara al sol, parecían dormitar plácidamente.

El profesor se adelantó, y sacudiendo la barca con furor gritó:

—¡Vago inmundo! ¿Qué haces ahí tumbado, habiendo trabajo para tus cochinos brazos de perro? ¡Levantaros presto, que necesitamos de vuestros servicios!

Los dos bateleros saltaron a tierra con diligencia, y mirando al profesor y a su criado contestaron:

—No puede ser; tenemos orden de no mover la barca.

—¿Qué dices, hijo de tiburón? —rugió Karus—. ¿Acaso temes que los monjes no posean un yen para pagar asqueroso servicio?

—Tenemos orden de no mover la barca —respondió tozudo uno de los barqueros.

—Esa orden no reza para nosotros. ¿Quién la dio?

—Quien todo lo puede... Atrás, hermanos...

Había tal aspecto amenazador en los barqueros, que habían hundido las manos en los bolsillos de sus blusas, quizá para empuñar alguna arma oculta, que el profesor vaciló, pero acometido de una súbita inspiración avanzó hacia ellos, y presentando su mano derecha, les mostró la sortija, al tiempo que decía:

—¿Hubo jamás poder en China para desobedecer la orden de quien todo lo puede con este amuleto?

Él chino examinó la sortija, y cediendo en su actitud murmuró como un susurro:

—Dame la contraseña.

—*La picadura del dragón es mortal...*

El barquero, sin responder a la segunda parte, se adelantó, afirmando:

—Si el Gran Jefe te ha dado poder para contravenir sus propias órdenes, nada tenemos que oponer. La barca es tuya.

Karus comprendió que Wang-Cheng, previsor, había ordenado inmovilizar todo el tráfico, para evitar la posible huida de sus

enemigos, contestó:

—El que todo lo puede mantiene su orden, que no reza con nosotros, porque vamos a cumplir una misión dimanada de él. Remontar el río.

Hizo señas a Regis, que se había mantenido a la expectativa durante todo el diálogo, y pasaron a la barca, que, desatada de sus amarras y a impulsos de los remos, se adentró en el centro de la corriente.

—¿Dónde vamos? —preguntó uno de los barqueros.

Karus le miró de un modo terrible, gritando:

—¡Vil gusano! ¿Quién eres tú para preguntar cosas que te están vedadas? Sigue bogando, y cuando sea el momento recibirás órdenes más concretas y detalladas.

El batelero inclinó la cabeza sobre el pecho y se dedicó a bogar, sin hacer comentario alguno.

La barca, impulsada por los remos bien manejados, cortó la fangosa corriente y se fué separando con lentitud de los cercanos malecones y del tráfico peligroso del río.

Regis, con todos los sentidos en tensión, vigilaba el río a sus espaldas. Temía ver surgir de un momento a otro alguna otra barca que saliese en su persecución, y no quería verse sorprendido.

Se alejaron un buen trozo, sin que nada turbase la calma del río. Por fortuna, ningún junco descendía por el, y eran los únicos que turbaban la calma del lugar.

Karus asaetaba las orillas en busca de la silueta de Kao. Le extrañaba que ya no hubiese dado señales de vida, y se preguntaba con angustia si le habría sucedido algún desagradable percance.

Pero, al torcer un pequeño recodo del río, descubrió un bulto que flotaba, nadando desesperadamente y sumergiéndose de vez en vez en las fangosas aguas, como si careciese de fuerzas para mantenerse a flote, o no supiese nadar.

Karus reconoció al pequeño Kao, y llamando la atención de los remeros preguntó:

—¿Qué es aquello?... ¿Alguien que se ha caído al agua?

Uno de ellos echó un vistazo, y sin hacer intención de bogar hacia él, comentó despectivo:

—Será algún «coolie» a quien han arrojado al río. Dejarle que se

ahogue.

Pero Karus, volviéndose hacia el que hablaba, ordenó:

—«Nunca juzgues por las apariencias lo que en el fondo ignoras», dice un proverbio. Remar hacia allí y recogerle.

El chino se encogió de hombros, y manejando el remo con habilidad enfiló la barca hacia el lugar donde Kao simulaba luchar desesperadamente contra la corriente, hundiéndose de vez en vez en el agua.

La barca se mantuvo cerca de él, y Kao se aferró desesperadamente a la banda, inclinándola peligrosamente de costado. Los remeros, temiendo que la volcaran, soltaron los remos, y, tratando de tomarle por los brazos, gritaron:

—¡Cuidado, perro cochino! ¿No ves que nos vas a hundir a todos?

Karus abarcó el momento con mirada aguda, e hizo una seña a Regis. Ambos, silenciosamente, tomaron los remos por detrás de los dos chinos, y levantándoles con furia, los dejaron caer sobre sus pelados cráneos.

Dos rugidos de dolor vibraron al unísono, y los agredidos, soltando al chinito, trataron de volverse para repeler la agresión, pero dos nuevos golpes, administrados con fiereza, les dejaron medio atontados, haciéndoles caer dentro de la barca.

Rápidamente, se lanzaron sobre ellos atenazándoles por el cuello sin piedad, y, poco después, ambos yacían rígidos a sus pies.

Kao, entretanto, se había izado abordo, y con uno de los remos procuraba mantener la embarcación en el centro del río, para que no fuese a la deriva a encallar contra las orillas.

Ya libres de enemigos, Regis se hizo cargo de los remos y eligiendo un lugar propicio atracó, escondiendo la barca entre un saucedal que crecía hasta la orilla.

Entre los tres arrastraron a los chinos a tierra, y procedieron a despojarles de sus modestas vestiduras.

Despojándose de los hábitos, se apresuraron a embutirse en aquella ropa, y luego, buscando dos pesadas piedras las ataron a los pies de los barqueros y los arrojaron a la corriente.

El peso les arrastró rápidamente al fondo, y minutos más tarde nada quedaba que diese fe de la tragedia.

—Bien —comentó Regis— la primera parte de nuestro plan ha salido a pedir de boca. Ahora nos conviene alejarnos todo lo posible de Lancheu. Lo que no tengo idea es del sitio más próximo.

El profesor afirmó:

—Yo tampoco estoy muy fuerte en la geografía de estos lugares, pero sé que en esta ruta hay un pueblo que se llama Sining, bastante importante. Si pudiéramos llegar a él y pasar desapercibidos, allí podríamos equiparnos de lo más preciso para continuar el curso del río y llegar a la región montañosa, donde habrá de empezar nuestra verdadera odisea. Mucho temo al Sapo número 1, como tú le llamas, pero temo mucho más a la región salvaje, inhóspita y peligrosa que tenemos que atravesar.

—¿Tan peligroso es? —preguntó Regis, que, hasta aquel momento, no se había preocupado de enterarse bien del lugar hacia dónde se dirigían.

—Sí. Regís, es peligroso; más por la hostilidad de la naturaleza, celosa de guardar el secreto de sus altas mesetas que por la de los hombres, que solamente se suelen hallar en la proporción de uno por cada diez kilómetros cuadrados, eso repartiéndolos proporcionalmente. El Tíbet es una vasta región que se extiende desde el Parmer hasta lo que es propiamente China, entre los montes

Kuen-Lun

e Himalaya, con una extensión aproximada de 1 200 000 kilómetros cuadrados. Se le llama «La gran mancha en claro», por su desolación y por lo poco explorada que estuvo siempre, aunque el famoso explorador sueco Sven Hedin, ha aportado valiosos datos para que se conozca algo su estructura, debido a sus audaces y peligrosas exploraciones, que le pusieron en peligro de muerte muchas veces.

”Es un desierto a una altura mareante, donde las manifestaciones de vida casi están exentas. El agua se encuentra a veces en distancia de cien kilómetros, los accesos y salidas son, no sólo peligrosos, sino difíciles de hallar, debido al encadenamiento de montañas que las guardan con celo; no hay rutas naturales propiamente dichas, la temperatura llega a variar en cincuenta grados en el día; no existe vida animal, salvo lobos y animales dañinos: las tempestades de arena y los caminos de puntiagudos

guijarros, son un enemigo más que se suma contra, el viajero, y los pocos habitantes que resisten estas inclemencias y peligros, se agrupan en la periferia del dantesco «

Han-Hay

», «Mar seco», según le califican los chinos.

”Si a esto unes que hay bandidos en bastante proporción, que, conociendo el país, acechan al desgraciado que se aventura por los caminos ignora dos, te habrás hecho una vaga idea del lugar hacia donde nos dirigimos.

Regis, que le escuchaba con la boca abierta por la sorpresa, comentó:

—¡El panorama es como para sonreír complacido! ¿No tiene usted algo más pesimista que añadir al cuadro?

—Sí. Los elementos que se disputan esta superficie y que atribuyen el poder sobre ella, no son muy amigos de soportar la presencia de gente extraña, ajena a su raza. Que yo sepa, aún no está derogada la ley que impone pena de muerte al forastero que visite estos lugares, aunque desde 1904 este rigor está bastante atenuado, porque nuestros compatriotas lo medio anularon a cañonazos.

—¿No hay nada más? —preguntó entre serio y burlón Regis.

—No, no hay nada más, porque estamos perdiendo un tiempo precioso y necesitamos poner mucha tierra por medio antes de adentrarnos en terreno propicio. Cuando te veas metido en tan deliciosa región, hablaremos.

Regis no añadió comentario alguno, pero, al observar la seriedad de su jefe se sintió influenciado por ella y se dijo mentalmente, que prefería pelear con toda la horda amarilla de Wang-Cheng, a tener que afrontar aquel panorama desolador, que tan crudamente acababan de pintarle.

Sacaron la barca del saucedal, y, escondiendo los hábitos en ella por si aún podían serles necesarios en algún momento, se lanzaron corriente arriba, acometidos de un rato de tristeza difícil de dominar.

Regis fue el primero en reaccionar. Apelando a la lógica, se decía que si habían escapado con bien a peligros terribles, casi inverosímiles, mejor podían luchar contra los elementos, estando

prevenidos contra ellos y con libertad de movimientos para combatir.

Buscando las alforjas, que habían conservado con sumo cariño, se dedicó a verificar un inventario del contenido, mientras el profesor manejaba los remos acompañado de Kao. Aunque no había manjares exquisitos, habían recolectado una buena cantidad de tortas de arroz y algunos otros comestibles, que, bien administrados, podrían calmar su apetito por unos cuantos días.

Procedió a hacer un reparto metódico del contenido, y, una vez satisfecha su hambre, se sintió más optimista y con energías para la lucha.

Empuñó los remos, arrebatándoselos al chinito y ayudó al profesor a dominar la pesada corriente, que dificultaba la navegación impidiéndoles avanzar a medida de su deseo.

—¿Hasta dónde cree usted que debemos remontar la corriente?
—preguntó.

—Hasta que anochezca, si antes no encontramos señales de una posible persecución. Hasta ahora, sólo nos hemos cruzado con algún junco aislado, que procede de las legiones altas del nacimiento del río, pero si divisásemos a nuestra espalda alguno, debemos tomar precauciones.

—Es lástima que solo tengamos un revólver. Las armas de fuego son más contundentes que las blancas.

—Hay que conformarse con lo que poseemos, Regis. Si la fortuna non acompaña, procuraremos equiparnos lo mejor posible cuando lleguemos a la ruta de los peregrinos.



—Lejos asoma vela de junco...

—¿Qué ruta es esa?

—La que siguen los peregrinos que van a Lhasa a visitar el monasterio. Esta gente es muy apegada a la religión lamaísta, y todos los años, un contingente bastante considerable de peregrinos, acuden a la meca de los Lamas, después de un éxodo de mas de tres meses de peregrinación por estas rutas inhóspitas, que pone a prueba su fe y su fanatismo.

—¿Qué es el lamaísmo?

—Algo que te explicaré con más calma. Ahora no tengo los nervios para lecciones de religión.

La tarde iba muy avanzada y los tres aventureros se congratulaban de haber podido disfrutar de aquellas horas de calma, para alejarse todo lo posible de sus implacables enemigos.

—¿Cree usted que nos perseguirán hasta el fin?

—Estoy seguro de ello —aseguró el profesor—. Si pierden nuestra pista ahora, nos dejarán tranquilos por los ventisqueros y las rutas trágicas, pero se apostarán a la entrada del valle a esperarnos. Saben o se figuran que nuestra meta está en Lhasa, y no se avendrán a dejarnos llegar con facilidad.

Kao, que poseía una vista muy aguda, se puso de pie en la lancha y lanzó un grito.

—Lejos asoma vela de junco... No nos ve, pero yo sí puedo distinguirlo.

Karus y Regís se miraron interrogativamente, y el primero, tratando de acercarse a la orilla, dijo:

—Aquí se acaba nuestro viaje fluvial. Quizá ese junco no pertenezca a nuestros perseguidores, pero hay que tomar precauciones. Saltar en cuanto ataque.

Regís saltó a tierra el primero y sujetó la barca, mientras descendían sus dos compañeros. Luego, el profesor ordenó:

—¡Pronto! Busca unas cuantas piedras pesadas, que tenemos que hundir la barca. Hay que borrar todo posible rastro de nuestra presencia.

Mientras Regís buscaba lo ordenado. Kao, con el cuchillo hábilmente manejado, taladró el fondo de la barca, practicando un buen agujero, y así, cuando las piedras fueron cargadas y la barcaza empujada a la corriente, aquella se mantuvo unos momentos a flote, dando vueltas como un molino, hasta que el agua que penetraba en su interior y el peso de los pedruscos, la hundieron en el fango del río.

Rápidamente se alejaron de la orilla, y, buscando unos saucedales que crecían en el terreno pantanoso, por las crecidas recientes que había experimentado el río, se escondieron entre él, atisbando el río a través de los juncos.

Un cuarto de hora después, un pesado junco, tripulado por docena y media de chinos feroces, remontaba la corriente con lentitud. A proa, dos «coolies», puestos en pie, vigilaban las orillas con sus agudos ojos, pero no debieron descubrir nada sospechoso, porque el junco continuó su camino río arriba, y poco más tarde desaparecía en una revuelta del río.

—¿Nos buscan? —preguntó Regís.

—Esa impresión me han dado —afirmo Karus— pero no tienen una seguridad plena. El único temor que tengo es que se dirijan a Sining y podamos tropezamos allí con ellos.

—Casi me alegraría si eso nos sirviese para arrebatarnos algunas armas y otros efectos que son precisos. Si no hemos de luchar con

más enemigos que esos, no debemos de preocuparnos.

—Claro que no, pero en el poblado contarán con adeptos, y si se unen, como es de suponer, la partida va a resultar otra vez, muy desigual.

—Confiemos en que no siempre va a sucedernos lo peor...

Súbitamente se detuvo, con el oído atento, imitado por el profesor y el chinito. Hasta ellos había llegado el estampido de alguna arma de fuego, disparada a una distancia bastante cercana.

—¡Por San Jorge! —exclamó Karus—. ¿Qué sucede?

—No lo sé —contestó Regis—. Quizá hayan disparado a la orilla, creyendo que...

Nuevamente enmudeció. Ahora, los disparos, habían sido varios, e inmediatamente se entabló un duelo de revólver que hacía adivinar una batalla bastante nutrida.

—¿Habrán atracado el junco? —preguntó el profesor—. ¿Y si no fuese gente del Dragón y los bandidos atacasen a pacíficos traficantes...?

—Deje, señor, y no se meta a arreglar entuertos. Cuantos menos chinos queden en China, mejor para la nación. Yo creo que ésta sería ideal si ni ella no hubiese chino alguno.

Los disparos se sucedían sin interrupción, y hasta sus oídos llegaba el clamor de los que peleaban.

Regís, inquieto por las derivaciones que pudiera tomar la lucha en perjuicio de ellos, echó un vistazo alrededor, y, al descubrir una loma que le brindaba un buen observatorio, dijo:

—Ganemos aquella altura por su parte posterior. Desde allí podremos ver algo de lo que sucede y hacernos una idea de lo que podamos realizar.

Arrastrándose por la tierra, para no ser vistos, alcanzaron la loma y treparon por ella hasta ganar la cumbre. Al tender la vista hacia el río, quedaron asombrados del cuadro que se desarrollaba a sus ojos.

Un aluvión de individuos, de rostros feroces, armados de revólver y cuchillos, que sujetaban entre los dientes, se habían lanzado al río, y, con el agua al pecho, trataban de asaltar el junco, mientras que los que lo tripulaban se defendían con tesón, disparando sobre ellos a mansalva y con toda la rabia y el furor que

les poseía.

Pero los asaltantes, bravos y decididos, no cejaban en su empeño, y, superiores en número, se acercaban peligrosamente a la pesada embarcación, rodeándola y dividiendo los esfuerzos de los defensores.

Estos se multiplicaban en la defensa inútilmente. Los primeros asaltantes treparon por el junco como monos, y pronto la batalla se generalizó sobre cubierta, donde los enemigos peleaban con furor.

El clamor que levantaban poblaba la serenidad de la tarde en declive, y hasta los tres aventureros, que seguían la pelea con emoción, llegaron claramente algunos gritos que les descubrieron el enigma.

—¡Adelante «El loto azul»!... ¡Mueran los perros de «El dragón de fuego»!

El junco, sin gobierno alguno, empezaba a retroceder, dejándose llevar hacia atrás por la corriente, pero, falto de dirección, fué a chocar contra la orilla, donde quedó varado, mientras la última fase de la pelea se desarrollaba abordo.

La cubierta aparecía llena de cadáveres, producto de la terca defensa de los sectarios de «El dragón», pero éstos iban sucumbiendo uno a uno, perseguidos por la ferocidad de sus irreconciliables enemigos, que no dejaban de fisgonear ningún rincón, creyendo posible que hubiese alguno.

Por fin, la batalla, cesó por completo con el aniquilamiento de los tripulantes del junco, pero los vencedores habían pagado cara su victoria, pues más de dos docenas de sus adictos habían pagado el triunfo con la vida.

Solamente un partidario de «El dragón» había salido indemne de la refriega. Cuidadosamente, le habían perseguido hasta capturarlo vivo, Dios sabía con qué crueles propósitos, y entre una docena le empujaban fuera del junco para bajarle a tierra.

De pronto, uno de los atacantes empezó a dar gritos, y sus compañeros, nerviosos, abandonaron el junco con el prisionero bien amarrado, y corriendo hacia un lugar donde tenían caballos ocultos, montaron sobre las pequeñas pero veloces caballerías, emprendieron una vertiginosa huida hacia el interior, donde una cadena de montañas parecía brindarles un refugio seguro.

Cuando desaparecieron a todo galope, Regis, nervioso, gritó:

—¡Pronto, al junco!

El profesor trató de detenerle, diciendo:

¡No seas loco!... ¿No ves que huyen porque han debido divisar alguna nueva embarcación que remonta el río?

—Sí, pero antes de que llegue tenemos tiempo de recoger algunas armas, que veo en cubierta, y otros efectos. Nos son muy necesarios, y por ellas soy capaz de jugarme la vida.

Y seguido de sus amigos, que no se atrevieron a dejarle solo, se lanzó hacia el río, donde el junco, azotado por la corriente, estaba a punto de desprenderse del obstáculo que le retenía y deslizarse aguas abajo...



¿Qué es

LA NOVELA FANTASTICA?



TITULOS PUBLICADOS:

Los hombres de las
orejas largas
Lucha en Saturno
Los hijos de la Luna

La ciudad subterránea
El rayo invisible
La isla sumergida
Nido de piratas

Una novela con sugestivas ilustraciones y portada a todo color: DOS PESETAS

De venta en quioscos y librerías o directamente a Editorial BRUGUERA, Frayecto, 2-Barcelona



Fidel Prado Duque

(1891-1970)

, escritor español, conocido tanto por sus novelas del oeste (algunas de ellas, escritas con el pseudónimo de F. P. Duke), como por sus relatos de acción y aventura —como es el caso de la saga de «El Dragón de Fuego».

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión.

Fue periodista y tenía una columna El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas, escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».